

## Cuento dominical

## ¡QUE HOMBRE!

Por GABRIEL PAZ

En los remotos tiempos, todos mis ideales me los compartían con mi prima Margarita. También ella tenía fe en las bellas leyendas con las que el hombre trata inútilmente de engañarse, odiando lo mucho que asesta la vida. En nuestra infancia hablamos de hadas, Reyes Magos y cigüeñas como de cosas reales y en nuestra juventud del amor, la libertad y la patria como de verdades indudables.

Cursábamos entonces el bachillerato en un vistoso instituto que parecía convento. Sus oscuros corredores habían sido propios para moradas de fantasmas si la algarabía juvenil no hubiese esparcido al alma en pena, menos exigente que por allí hubiera arrastrado sus oídos.

Recuerdo que un día el profesor de literatura felicitó muy efusivamente a mi prima por un comentario escrito sobre uno de los cuadros más bellos del Museo del Prado: "La Rendición de Breda". Hasta los alumnos más distraídos prestaron atención a su lectura y, cuando el catedrático preguntó a Margarita por qué no se consagraba a las letras, todos creímos ascierto que ella contestaría: "Esa es mi única ambición". Pero no fué así. Margarita sonrió y exclamó:

—Es muy difícil alcanzar el éxito, hace falta ser diestro, relacionarse con poderosos... yo carezco de todo eso... Además —añadió— ruhorsándose —cuando acabe este curso, me casaré...

—Ah! ya entiendo —comentó el profesor sonriendo—, el amor ha llegado y ha venido a todo lo demás. Es lógico que su juventud la haga creer en el amor y yo lo deseo que siempre sea así.

Como a profecía me sonaron aquellas palabras que nunca conseguí olvidar. Igual impresión debieron de causar en el ánimo de Margarita, pues su semblante entriseñecido así lo delataba. Pero todos a una la felicitamos por su noticia y la sonrisa volvió luminosa y absoluta a su rostro.

El día de su boda fué de fiesta para casi todos sus discípulos y entre nosotros, el viejo profesor se tomó la libertad de aventurar algún chiste inofensivo.

(Pasa a la 4<sup>a</sup> plana, 6<sup>a</sup> columna)

## Desde la metrópoli

## PLATICAS DOMINICAS

Por RODOLFO NAVARRETE TAPPAN

VAYA revuelo que ha armado, en los centros artísticos capitalinos, la actitud gallarda, atrevida, de los componentes de la "Academia Cinematográfica Yucateca". Y digo atrevida, a conciencia de lo que el vocablo significa, y porque este y no otro es el adjetivo que se merece ese grupo de artistas en embrión que, guiados, lo que lo forman, por el irresistible imán de las candlejas y el estímulo inigualable del aplauso, han conseguido como aficionados invadir terrenos que para si quisieran los profesionales; mostrarse al público y a la crítica en sus primeros pasos, entregándose a él desde el primer momento, haciendo caso omiso de sus múltiples defectos, propios de la inexperiencia, a fin de que ese público, su mejor juez, con sus aplausos los vaya formando y con sus críticas induciendo al camino a seguir, camino escabroso, más difícil que ninguno, ya que está sembrado de innumerables dificultades y que, si para el profesional son espinoosas, más lo son para los que guindos solamente por su afición no paran mientes en apresarse valientes a la lucha, sin miedo al fracaso, con una sola mira, la del triunfo que de seguro les espera...

Y si esta actitud de los principios provincianos ha causado la admiración de los viejos lobos de la escena, estupefacción de los industriales de la patria chico que sin miramientos a sus intereses, han brindado un franco apoyo a ese grupo de sonadores, miembros distinguidos de la bohemia artística

provinciana.

Puedo vanagloriarme de ser, entre los viejos artistas, uno de los muchos que más mundo ha recorrido y de asestar un cúmulo de experiencia adquirida toda en momentos de alegría, otros tantos de tristezas, que no es otra cosa lo que el alma del artista va guardando con sus triunfos y fracasos. He creído —y perdón por la immodestia—, si no capacitado, si por lo menos autorizado a emitir mi opinión franca y sincera respecto a ese grupo de artistas que, animado, se lanza a la conquista de la fama, sin más armas para el triunfo que su vocación, y eso que una vez más digo es indispensable tener para lograrlo: sangre de artista en las venas!

(Pasa a la 3<sup>a</sup> plana, 6<sup>a</sup> columna)

## RAIZ

Tierra desde que el nombre no existía;  
tu asomo de raíz en la tiniebla  
se precisó en un árbol...

Y qué Ceiba  
ha visto a mediodía  
obscurecer la sombra de las épocas?

¿A qué trahunde océanos la sonda  
en busca de la Atlántida, si enhebras  
en un vuelo de lindes emergidas  
del mar, las Siete Piedras  
que brotan del viento?

Tláloc funde la nieve en la eminencia  
del corazón vuelto hacia arriba  
en cada impulso de tus cordilleras;  
y en el espejo que te ciñe el brazo  
Tezcatlipoca observa  
las alas o los remos  
con los que en ti se brega.

Para el indio los dioses nunca mueren.  
Su silencio es la ofrenda  
cuando en su mano el iris  
tiende un arco sin flecha.

Por eso va esfumándose  
la Conquista en el pulso de tus venas,  
Patria igual a ninguna  
para poner el corazón en tierra!

HUMBERTO MAGALONI

Tampico, marzo de 1951.

## ¿RUBEN DARIO, FALSARIO LITERARIO?

Por EDUARDO AVILES RAMIREZ

El otro dia me encontraba yo en tierras del Cotentin. Naturalmente hice un sesgo, desde Coutances hasta Saint-Sauveur-le-Vicomte, para visitar una vez más la patria, la casa natal, la tumba y el museo de Barbey d'Aurevilly, contestable de las Letras de Francia a fines del siglo pasado.

Estos son lugares santos de la literatura francesa. Se respira aquél mismo aire fervoroso y lleno de sugerencias que se respira en Mai-Blanc, patria de Mistral, o el que se respira en Macon, cuna y panteón de Lamartine.

Esta parte del Cotentin guarda aun el sabor de las descripciones que de ella hiciera Barbey en sus obras. Aunque exiliado en París, Barbey no dejó un solo día de adorar a su patria chica. Las mejores páginas de "L'Ensorcelé" no hacen pensar en un Walter Scott de la Mancha. Como es una provincia de geografía limitada, se corre todo en un solo día de automóvil. Todo el escenario de "L'Ensorcelé" nos lleva de dos horas, de Coutances a Lessay, de la Haie-aux-Puits a Blanchehaine, de Valonge a Saint-Sauveur, pasando por los etiales desiertos de Lessay, en estado romántico y un poco salvaje aun, como en la época de Barbey, y el encaje de piedras negras de la costa, bajo un cielo uniformemente plombeo, barrido por vientos fríos, y en la distancia una manchita negra que se alza sobre las aguas grises del Océano: Guernesey.

Desgraciadamente la guerra pasó por aquí como una tromba invernal. El museo de Barbey, formado en su casa natal con las reliquias del poeta, por su "última amiga", la famosa, la deliciosa, la incomparable viejecita Louise Réa (a la que conoció hace muchos años en casa de Lucien Descaves, rue de la Sante), quedó completamente destruido. Me dicen que se salvó muy poco de aquellas reliquias, entre las cuales recuerdo la cama en la que murió el poeta, sus ropa de cama, sus libros preferidos, sus camisas con monogramas, sus corbatas, sus libras, sus plumas, sus trajes, sus monogramas, sus medallas, entre una treintena de trofeos de Eisenhower y los cañones de Von Klaue. Es ya una suerte encontrar, a la sombra del viejo castillo demolido, en este cementerio de cincuenta metros cuadrados, entre una treintena de tumbas destrozadas, milagrosamente intactas la tumba de Barbey y la de su hermano, el abate Barbey d'Aurevilly. Y claro, después de visitar ese viejísimo rincón de la tierra de Francia, todo empapado en Barbey, uno se dedica por la noche, en el cuarto del hotelito silencioso, a leer las obras del poeta, a refrescar lecturas borrosas, a recordar situaciones, emociones y sensaciones de nuestra juventud, de cuando "leímos a Barbey".

Y de pronto... Si, no cabe duda. Caemos sobre uno de los más famosos poemas, titulado "Le Cid". El Cid de Barbey es magnífico y se parece al samurái de José María Heredia; alto, cubierto de oro, "como una torre de fuego", dice. Los campesinos españoles que lo ven pasar en la distancia se dicen que aquel caballero empenachado y cubierto de placas en las cuales el sol brilla como un ascua, debe ser, o bien Santiago, o bien Campeador.

Il n'était qu'or partout,  
du ciel aux talons,  
l'or des cuirasses froissait  
l'or des caparazons.

## LOS POETAS YUCATECOS DEL SIGLO XIX

Por el Lic. JOSE ESQUIVEL PREN

RAMON ALDANA DEL PUERTO. — (Concluye). — La última de las odas que conocemos de él es la que lleva por nombre "El Celaje", que, como las anteriores, guarda idéntica proporción en forma y fondo; es inconfundible, y aun teniendo una ascendencia netamente clásica en las letras españolas, demuestra una fuerte personalidad de poeta. Sin embargo, como dijimos al principio, en esta oda, al igual que en otras de sus composiciones de tono menor (por ejemplo, "El Rocío y la Flor", "Al Amanecer" y "La Flor del Valle"), se transparenta y se denuncia un inaudito esfuerzo de Aldana para conservar íntegra su prosodia clásica; pero se deja envarar a veces por el perfume a la moda de la oda "El Celaje":

Ya del sol estival el poster rayo  
se apaga entre los mares de occidente,  
y en larguísimo desmayo  
la brisa de la tarde, tristemente  
va tendiendo en el etérnico cristalino  
que la luz moribunda, ya no dora,  
la gasa del crepúsculo incolora.

En tanto que el arroyo turbulento,  
arrastrando sus cándidas espumas  
remeda el melancólico lamento  
que vaga entre las brumas,  
último adiós del exhalante día  
al sepultarse en la tiniebla fría.

Todo en silencio duerme  
bajo la luz de la eterna pupila  
que en la luna magnífica cintila;  
y sólo turba la creación humana  
los suspiros del céfiro atrevido  
que se revuelve en la floresta hojosa,  
del agorero pájaro el graznido  
y del cenzontle la canción sabrosa.

Mirad bogando en su azulado espacio  
de la luna a los rayos de topacio,  
ese tenue celaje,

copo de nieve y plata  
que en la mansa laguna se retrata.

No sé lo que eres tú, blanco celaje;  
sólo sé que vapor, suspiro, beso,  
cendal de virgin o ala de querube,  
mi alma te sigue en tu nocturno viaje  
y, por seguirte, hasta el imperio sube.

Y este romanticismo es mucho  
más notorio, más grato por lo sencillo  
y sin literatura, en el encantador  
apólogo "La Flor del Valle":

"Poetas Yucatecos y Tabasqueños",  
pág. 171, del cual, frívolutamente,  
desprendemos algunas cuartetas otoñales:

Entre una y otra montaña  
que eleva su frente al cielo,  
cubierta de eterno hielo  
que el sol con sus lumbres baña,  
existe un valle frondoso  
de los amores asilo,  
retiro dulce y tranquilo  
que ofrece grato reposo.

Y que nos parece estar escuchando  
la voz de Gaspar Núñez de Ares en  
sus décimas de "El Vértigo", no obstante  
que cuando Aldana escribió estos versos el poeta español no se  
había revelado en América? Sigamos escuchando la misma voz, rá-  
pido, natural, melodiosa:

Junto a la risueña orilla  
del arroyo transparente  
se mece graciosamente  
una azucena sencilla.  
Con su color nacarado  
y su hermosura modesta,  
era la flor más apuesta de  
las que esmalta el prado.

Jamás vuestro amor naciente,  
del cielo precioso don,  
en hombre sin corazón  
pongáis con delirio ardiente.

(Pasa a la 4<sup>a</sup> plana, 3<sup>a</sup> columna)

## SOLEDAD...

Mientras cuido la marmita  
y el gato blanco dormita,  
la lluvia afuera gotea,  
y el viento en la chimenea  
se revuelve airado y grita....

Sobre los rojos tizones  
hierve el agua en borbotones;  
y se mueve la tapa  
de la marmita, se escapa  
suave olor de requesones....

Miro en los brillantes leños  
cómo se forman los sueños:  
se encienden, brillan, se apagan,  
y entre cenizas naufragan....

¡Oh, engañadores ensueños!

Yo también teji los míos  
en estos tristes bohíos

y de esta lumbre al amor....

...Secóse la planta en flor  
cuando vinieron los fríos....

Mientras plañe y grita el viento,  
en paz y quietud me siento  
junto al fogón calcinado.

¡Cómo se oye en el tejado  
el gotear suave y lento....

Despierta el gato y suspira,

bajo del fogón, se estira,

el lomo alarga y arquea,

viene hacia mí, runronea,

y luego mis ojos mira....

¡Su mirada persistente  
pregunta por el ausente?....

Mientras plañe y grita el viento,

en paz y quietud me siento  
junto al fogón calcinado.

¡Cómo se oye en el tejado  
el gotear suave y lento....

Despierta el gato y suspira,

bajo del fogón, se estira,

el lomo alarga y arquea,

viene hacia mí, runronea,

y luego mis ojos mira....

¡Su mirada persistente  
pregunta por el ausente?....

Mientras plañe y grita el viento,

en paz y quietud me siento  
junto al fogón calcinado.

¡Cómo se oye en el tejado  
el gotear suave y lento....

Despierta el gato y suspira,

bajo del fogón, se estira,

el lomo alarga y arquea,

viene hacia mí, runronea,

y luego mis ojos mira....

¡Su mirada persistente  
pregunta por el ausente?....

Mientras plañe y grita el viento,

en paz y quietud me siento  
junto al fogón calcinado.

¡Cómo se oye en el tejado  
el gotear suave y lento....

Despierta el gato y suspira,

bajo del fogón, se estira,

el lomo alarga y arquea,

viene hacia mí, runronea,

y luego mis ojos mira....

¡Su mirada persistente  
pregunta por el ausente?....

Mientras plañe y grita el viento,

en paz y quietud me siento  
junto al fogón calcinado.

¡Cómo se oye en el tejado  
el gotear suave y lento....

Despierta el gato y suspira,

bajo del fogón, se estira,

el lomo alarga y arquea,